

Una nueva edición de *La zafra*

**Ana Cairo Ballester
Luz Merino Acosta**

Profesoras. Universidad de La Habana.

La republicación de *La zafra* era una necesidad, y también un acto de justicia cultural, ochenta y un años después de su primera edición en 1926. Este libro, que fue muy famoso en su época, no se había vuelto a publicar en Cuba desde entonces; incluso se cometió la tremenda injusticia de que, en 1980, cuando se realizó la antología *Poesía social cubana*,¹ no se incluyó ningún poema de *La zafra*. Hay que felicitar a la Sociedad Económica de Amigos del País, que permite saldar esa injusticia, y poner en circulación este poemario, para que miles de personas puedan apreciar un libro esencial para su época, y para ahora también.

Esta edición está acompañada de una excelente Introducción de la doctora Denia García Ronda; por lo tanto, no voy a repetir lo que se puede leer en ella; sencillamente voy a hacer algunas acotaciones. El 7 de mayo de 1927, hace ochenta años, se firmó la Declaración del Grupo Minorista, del que Agustín Acosta y su hermano José Manuel fueron firmantes. En ella se

afirmaba que el arte nuevo, la cultura nueva en general, que se estaba haciendo en Cuba, debía luchar por combinar la máxima actualización técnica y artística, con una defensa de lo que los minoristas llamaron «el arte vernáculo», que nosotros pudiéramos leer, en claves más contemporáneas, como un nacionalismo temático. En este sentido, *La zafra* es un libro paradigmático de los ideales que se propuso en esa Declaración, porque en él se unen la utilidad de un tema público, social, y una combinación rarísima y efectiva —entonces y ahora— de dos manifestaciones artísticas: la habilidad de un poeta y la de un pintor. Esa es la razón por la cual Luz Merino —en este caso, hablando del artista José Manuel Acosta, quien ilustró la primera edición de *La zafra*—, y yo, que voy a hablar del poeta, vamos a decir breves palabras.

Agustín Acosta es uno de los escritores autodidactos más interesantes de la historia de la cultura cubana. Un hombre de origen muy pobre, que tuvo que trabajar en oficios muy modestos, pero que tenía mucho interés en estudiar. Viniendo a la capital desde Jagüey Grande, terminó la carrera de abogado en la Universidad de La Habana; es decir, se hizo a sí mismo con gran esfuerzo, y al propio tiempo desarrolló su vocación de

Agustín Acosta, *La zafra. Poema de combate*, Sociedad Económica de Amigos del País, La Habana, 2004. Esta edición fue presentada, por primera vez, por las doctoras Ana Cairo y Luz Merino, cuyas palabras reproducimos.

poeta. Fue uno de los promotores de la vida cultural matancera, perteneció a innumerables tertulias junto a Medardo Vitier, Fernando Lles, y otros intelectuales. Justamente esta función de promotor, de hombre que a lo largo de su vida fue un gran animador de la cultura, lo hizo uno de los centros de la vida cultural matancera.

Es, como Regino Boti, un típico poeta de provincia, fiel a su terruño. Para orgullo de los matanceros, se dice que la última palabra que pronunció antes de morir fue «Matanzas». Si esto es cierto o no, no vale la pena descubrirlo, porque en la leyenda de los matanceros está que Agustín Acosta, muriéndose en un hospital de Miami, al cuidado de una enfermera matancera, lo último que dijo fue el nombre de su provincia. Lo importante es que, efectivamente, fue fiel a su patria chica, al lugar donde era símbolo de la poesía en un momento en que esa provincia tuvo grandes poetas; uno de ellos fue José Zacarías Tallet, pero no representa tanto la esencia matancera como Agustín Acosta.

Como se explica en el prólogo de esta nueva edición de *La zafra*, Agustín Acosta fue un modernista, y dentro de esa corriente tuvo una determinada evolución. *La zafra* es un libro atípico dentro de su propia poesía, condicionado por sus relaciones con la gente más joven, de los años 20, potenciadas, en buena medida, por su hermano José Manuel, que vino antes a La Habana y se involucró con intelectuales de izquierda y, hasta cierto punto, arrastró a Agustín a posiciones políticas que no fueron las cotidianas en él.

¿Por qué un libro sobre la zafra? Durante los años 20 del siglo pasado, el azúcar es un tema capital, uno de los que más se está discutiendo en la Cuba que se recupera de las «vacas flacas», de la crisis de 1920. No por gusto, en el propio 1926, Felipe Pichardo Moya publica *El poema de los cañaverales*, un excelente texto que sería el antecedente inmediato de la obra de Acosta. Al año siguiente de publicarse *La zafra* aparece —y es una lástima que la prensa cubana no haya recordado sus ochenta años— *Azúcar y población en las Antillas*, de Ramiro Guerra, que se publicó primeramente en los periódicos, por capítulos, entre mayo y junio de 1927 en el *Diario de la Marina*, y solo después salió el libro. Es una lección que no aprendemos. En ese mismo año 1927 se editó *Nuestra colonia de Cuba*, de Leland Jenks, que también trata sobre el azúcar, una gran solución, pero también un gran problema para la sociedad cubana.

El libro de Agustín Acosta dialoga con las ciencias sociales de la época, y lo hace de una manera más efectiva, porque tiene más impacto social que los libros de historia o de otras ciencias sociales que tratan este tema. Tiene razón Denia García Ronda cuando dice en el prólogo que todavía hay quien se sabe de memoria el poema «Las carretas en la noche»; es decir, Acosta lleva a un nivel de multiplicación social el impacto de la cultura del azúcar en la población, y las vivencias alrededor de ese producto.

El Agustín Acosta que escribe *La zafra* es el que se prepara —a partir del año siguiente de su publicación— para ingresar en la política. Será miembro de Unión Nacionalista, se pronuncia contra la prórroga de poderes de Gerardo Machado, y eso lo llevará, después de la caída de la dictadura, a una desastrosa experiencia política para él: ser secretario (ministro) del gobierno de Carlos Mendieta. Más adelante se retirará de la política, y nunca más volverá a ella.

La zafra es un libro que tiene una historia, que tiene impacto en la cultura del siglo xx cubano. Para una posible próxima edición sugeriría incluir, a modo de epílogos, algunos juicios de época sobre el poemario. Están, entre otros, el de Jorge Mañach, el de Fernando Ortiz; y, por supuesto, el polémico de Julio Antonio Mella. Estos juicios pueden ayudar a que se comprenda la trascendencia de *La zafra* para la cultura social cubana del siglo xx, no solo para su época y no solo para la poesía. Como bien dice Mella en su crítica, el texto de Agustín Acosta puso al pueblo a pensar sobre la industria azucarera en todos sus aspectos. Cuando no había una completa conciencia sobre el problema, llamó la atención de miles de cubanos sobre un tema fundamental de la vida del país, desde una posición de izquierda. Siempre habrá que agradecerle haber propiciado que personas que normalmente no se relacionaban con esta problemática se enteraran y meditaran sobre la cultura del azúcar en Cuba.

Catorce años después de la publicación de *La zafra*, en *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940), Fernando Ortiz dejó definitivamente establecido el concepto de cultura del azúcar, pero uno de los libros claves para llegar a él, sería *La zafra*, una indudable contribución de Agustín Acosta a ese concepto. Quiero dejar constancia de mis felicitaciones y agradecimiento a la Sociedad Económica de Amigos del País, en nombre de quienes nos ocupamos de la cultura cubana, sobre todo de los que la impartimos en las universidades, por permitir que nuestros alumnos puedan, de primera mano, conocer, disfrutar y valorar este magnífico libro.

José Manuel Acosta, el ilustrador de *La zafra*

Cuando alguien pregunta quién es José Manuel Acosta, casi todo el mundo dice: «el hermano de Agustín». Quisiera que se comprendiera que, sin negar el parentesco, es más que eso, porque tiene en su haber una obra gráfica indispensable en la historia del arte cubano, aunque aún está esperando por su mayor difusión.

En varias ocasiones, ambos hermanos compartieron su mirada creativa. Por ejemplo, en 1923 apareció el poemario *Hermanita*, escrito por Agustín e ilustrado por José Manuel, en el cual este expresaba el conocimiento que ya tenía de los *ismos* europeos, o de las vanguardias

históricas, como se dice ahora. Pero lo más importante es cómo José Manuel, un ilustrador, un dibujante, alguien que maneja determinados elementos de la plástica —un artista y no un «ornamentador», como se dice en esta nueva edición de *La zafra*—, concibe su ilustración con un carácter propio y no solamente la hace dialogar con el poemario, sino que le da un valor de autonomía; puede ser extraída del libro y expuesta en un salón y funciona perfectamente como obra de arte en sí misma.

La crítica de la época —que, al contrario de la creencia general, sí existía, y en ocasiones de mucha calidad— se percata de que aquel hombre está haciendo cosas muy diferentes a las que se exhibían normalmente en los salones. Lo primero que hace la crítica es denominarlo futurista, porque era el término que, de manera genérica, englobaba todo lo distinto, lo nuevo, lo raro, lo que la gente no entendía y, por lo tanto, es el primer calificativo que recibe José Manuel Acosta.

En el año 1924, ese enunciado se hace mucho más enfático, cuando el artista presenta un retrato de Jorge Mañach en el décimo Salón de Bellas Artes. Mañach ya era un hombre muy conocido; escribía las «Glosas», salía constantemente en el *Diario de la Marina*, tenía estrechas relaciones con casi todos los intelectuales. Quienes fueron a ese Salón, imagino, deben haberse estremecido con el cuadro; en primer lugar, porque se subvertía la gramática tradicional del género con el uso de planos geométricos, pero sobre todo porque José Manuel Acosta incorpora el *collage*. Cuando alguien habla de *collage* se piensa en Picasso; pero Acosta ya lo estaba incorporando en un género tan difícil como el retrato. Esa imagen fue reproducida en el *Diario de la Marina*, y se divulgó mucho en otros órganos de prensa. De esa utilización del *collage* emerge, pudiéramos decir, la imagen inconfundible de Mañach, acentuada además por un encuadre irregular que hoy llamaríamos posmoderno. A partir de ese momento, se le empieza a llamar cubista. Realmente, José Manuel Acosta no estaba vibrando en la sintonía de ese horizonte de expectativas, pero sí fracturando, de alguna manera, la cultura visual imperante. Por eso la crítica decía que la muestra evidenciaba cómo un cubano estaba en posesión de las nuevas tendencias del arte. Lo mismo decían que era futurista y que era cubista. Quienes usaban bien esos términos, sabiendo lo que significaban en cuanto a tendencias de la vanguardia, eran Alejo Carpentier y Mañach; los demás los utilizaban, pero en el sentido de que había algo distinto, algo nuevo, y que José Manuel Acosta era el portador de ello.

Con la experimentación como premisa, José Manuel trabajará la ilustración comercial, y ella lo conjuga todo. Como buen cubano, quería ser moderno, y para serlo había que ser innovador; por tanto, el art déco, el cubismo, el futurismo, la figuración, la geometría, coexisten sin rubores en un discurso que podríamos llamar un estilo sin estilo, para glosar a Carpentier. Todas estas experiencias que fue acumulando las expresa, de alguna manera, en

La zafra. Este poemario presenta a un ilustrador con determinadas malicias; la cubierta —que lamentablemente no ha sido reproducida en esta nueva edición— se puede considerar la vocera del poemario, porque lo sintetizó y lo interpretó. En mi opinión, todo el libro está recogido en esa imagen. Es un discurso donde se sintetiza una buena parte de la cultura del azúcar, desde la industria: el centro productor, el engranaje tecnológico. Está hablando de la vida moderna, pero a la vez del eje de dependencia, y la neocolonia.

Por primera vez en la plástica cubana aparece la estética de la máquina, y lo hace con José Manuel Acosta, mucho antes de que Marcelo Pogolotti se convirtiera en el difusor de esa concepción artística. La imagen de portada de *La zafra* sentó derrotero, y creo que expresa una verdadera sintonía con lo que entonces era moderno.

¿Por qué José Manuel Acosta pudo adelantarse a la producción plástica de su tiempo? Para Carpentier, era el único artista que recibía la revista *Le Esprit Nouveau*, lo que indica su actualización en las corrientes artísticas europeas. Además, ser ilustrador y no pintor le permitió experimentar, explorar en direcciones por las que los pintores aún no se habían aventurado. Tal vez por ello, los pintores —autores de obras originales, únicas, irrepetibles, autárticas— no repararon en los aportes que hacía este ilustrador, quien estaba sujeto a la repetición editorial.

Alejo Carpentier sí vislumbró la precocidad de José Manuel, y le rindió tributo en *La consagración de la primavera* a través del personaje de José Antonio, del que Graziella Pogolotti dice, con razón, que conecta a Enrique, el protagonista, con el arte contemporáneo, que le abre perspectivas, que lo vincula con el mundo de la creación y, sobre todo, de la transformación en el terreno artístico. A partir de 1931, José Manuel Acosta se dedica a la fotografía y abandona paulatinamente la acuarela, y la ilustración en todas sus vertientes. Carpentier ha apuntado que quedó en el umbral de su propia creación. Aun así, no puede hablarse de arte moderno en Cuba sin recordar y valorar el papel precursor de José Manuel Acosta. Hasta ahora, sin embargo, ha sido una figura casi desconocida. Su obra gráfica solo es del dominio de los especialistas. No pierdo las esperanzas de que algún día se inviertan los términos y se edite un libro centrado en José Manuel Acosta en tanto ilustrador, donde aparezcan las portadas de los poemarios de su hermano Agustín, en especial de *La zafra*.

Nota

1. Varios, *Poesía social cubana*, Letras Cubanas, La Habana, 1980.